

Capítulo 11

Inmigración zapoteca: Expresiones de agrupamiento y pertenencia¹

Lourdes Gutiérrez Nájera

El velatorio

Y*iusll kumadr*² (hola comadre). Mi amiga Marta y yo escuchamos estas palabras de saludo en lengua indígena mientras caminábamos calle arriba entre dos edificios. Al igual que Marta, la persona que nos saludó era una mujer zapoteca del municipio de Yalálag, Oaxaca. Ella también iba al velatorio. Nos acompañó hasta el lugar donde estaban las sillas y el féretro. Ya había muchas más personas alrededor. Las letanías del rosario estaban siendo recitadas por la gente reunida, mayoritariamente mujeres. Del otro lado nuestro, se encontraba un grupo de hombres que charlaban entre sí. Tan pronto como nos sentamos, me sentí un poco rara. Los arreglos propios del lugar se me hicieron extraños; estábamos en el área del estacionamiento, en medio de dos edificios residen-

1 Este trabajo tiene raíces en el simposio “Beyond el Barrio”, que tuvo lugar en la Universidad de Macalester (Saint Paul, Minnesota, 2005) y fue publicado en la antología *Beyond el Barrio: Everyday Life in Latina/o America* (New York University Press, 2010). Esta versión no podría haberse llevado a cabo sin la asistencia editorial de Martín Guzmán. Sobre todo, la obra es producto de las relaciones duraderas que he establecido con yalaltecos dentro de su pueblo y en Los Ángeles, y sin los cuales no hubiera sido posible.

2 La ortografía se basa en mi interpretación de los sonidos fonéticos en zapoteco.

ciales del distrito coreano de Los Ángeles (LA), California, que servía de velatorio para un joven de diecinueve años muerto en un accidente automovilístico. El féretro expuesto del joven fallecido estaba bajo una lona azul y sobre un manto de pasto artificial que cubría el pavimento. Cerca del ataúd se encontraba una mesa decorada con coloridas caléndulas, rosas y otras flores junto al libro de visitas. Enseguida, había una canasta para recolectar dinero y ayudar a pagar los gastos generados por los servicios funerarios y el traslado del cuerpo a Oaxaca. Las tradiciones y las costumbres se mantenían vigentes alrededor del cuerpo. A su alrededor se habían puesto varios vasos de agua, veladoras e incienso sobre el pasto verde artificial para guiar el alma del joven hacia su eterno descanso. Tan pronto como iban llegando más asistentes al funeral, se agregaban más flores y veladoras traídas por ellos mismos como signo de acompañamiento en el viaje divino de la persona fallecida. La fotografía del joven muchacho yacía sobre una mesita al pie de ataúd; la cual servía como referente y recuerdo de quien fuera ese joven en vida y, además, como una forma de enlace entre los asistentes al velorio.

Cuando los rezos y las letanías del rosario terminaron, seguí a Marta hacia la cocina, donde saludamos a otras señoras que preparaban con apuros tamales de pollo para las visitas allí presentes esa tarde. También, platicábamos en español con los primos del difunto que habían venido a despedir a su pariente. Marta y yo ayudamos un poco y después regresamos afuera a nuestros lugares. A todo esto, llegaron algunos invitados más, ofreciendo sus condolencias a los familiares y sus respetos al difunto; se sentaron y estuvimos en silencio con ellos. Después de estar allí varias horas, y cuando el sol se estaba poniendo, Marta y yo decidimos irnos. Cuando nos retirábamos llegaron otros yalaltecos pertenecientes a una banda de música y esa noche tocaron marchas fúnebres —las que normalmente se tocan en los funerales oaxaqueños— para el difunto.

Desde que este suceso ocurrió, en 1999, esos momentos se quedaron grabados en mi memoria. Todo aquello me pareció como un hecho surrealista: los edificios de concreto al lado del cuerpo del joven fallecido, el estacionamiento convertido en sala funeraria, los zapotecos hablando en su propia lengua en pleno corazón del distri-

to coreano en Los Ángeles, y el cuerpo inerte del joven inmigrante esperando ser trasladado a Oaxaca. En esta historia hubo otra cosa que capturó mi atención: los mecanismos de supervivencia de los inmigrantes, como ayudarse unos a otros en tiempos de crisis, y el rol que juega la identidad como inmigrante (e indígena) en crear un sentido de pertenencia. En Los Ángeles, las y los yalaltecos no sólo proveyeron ayuda económica a la familia del joven muerto, sino también algo más importante: la ayuda emocional de hacer valer los lazos familiares y la continuidad de la amistad empezada desde Yalálag, su pueblo natal. Esto genera, indudablemente, un sentido de pertenencia y de grupo frente a un medio ambiente urbano que no es el suyo, con características muy diferentes en cuanto a su condición de vida, su realidad laboral, los distanciamientos lingüísticos, la discriminación racial y el aislamiento urbano. De esta manera, la transformación de los espacios étnicos ya establecidos (por ejemplo, el distrito coreano) para el propio beneficio de la gente yalalteca, constituyen una expresión de la recreación de la comunidad, llegando a ser una profunda práctica de pertenencia y de agrupamiento.

Hallándose: la creación de la pertenencia

La investigación de Fox y Rivera-Salgado (2004) señala que solamente en el condado de Los Ángeles viven entre cincuenta y setenta mil zapotecos. A lo largo del condado angelino, la comunidad zapoteca forma enclaves territoriales demográficamente definidos. En este proceso de emigración hacia ellos, los parientes y amigos que aún viven en el pueblo ven en sus familiares migrantes una posibilidad de colaboración y apoyo. Algunos ejemplos de estos enclaves son el de Santa Mónica, California, donde conviven zapotecos pertenecientes a la región del valle central de Oaxaca; el del distrito coreano de Los Ángeles, donde habita un buen número de zapotecos provenientes de la Sierra Norte de Oaxaca, y en particular del municipio de Yalálag. En conjunto, el número de migrantes de Yalálag en el área metropolitana de Los Ángeles se acerca a los tres mil.³

³ El número de habitantes en Los Ángeles es una aproximación, basada en las actas municipales en Oaxaca, así como en el censo etnográfico llevado a cabo durante el trabajo de

El mundo globalizado de Los Ángeles sólo ofrece a inmigrantes marginados un conjunto de empleos asalariados de los más bajos: ocupaciones manuales sin calificación, ya sea en la construcción, la limpieza, como lavaplatos y cocineros/cocineras, y en ocupaciones desvalorizadas y de pago diario. Entre los factores que contribuyen a generar sentimientos de dispersión entre comunidad yalalteca en Estados Unidos, están el crecimiento de la mancha urbana y la gran distancia que hay entre la población y sus fuentes de trabajo. Por ejemplo, es común escucharles decir que se quieren regresar a su pueblo natal porque “no se hallan” bien con ellos mismos en Los Ángeles; pero, por otro lado, también hay quienes ya no se hallan en su pueblo natal, y por ende optan por seguir viviendo en Los Ángeles.

En este ensayo analizo algunas experiencias de desplazamiento que sufren los yalaltecos y las formas creativas que utilizan para expresar su sentido de pertenencia grupal y para crear lazos de reciprocidad (ese *hallándose*), a pesar de sus posiciones marginales como indígenas inmigrantes y jornaleros en Los Ángeles y como personas que se encuentran alejadas de su pueblo natal.

Particularmente, en este trabajo exploro el proceso de formación de redes de intercambio que migrantes de Yalálag muestran como signos de pertenencia y agrupamiento en Los Ángeles. En todo esto, surgen algunas preguntas, por ejemplo: ¿cómo crear los espacios de inclusión frente a una realidad que los hace ser indígenas marginados, tanto en México como en Estados Unidos?, ¿qué prácticas crearán el sentido de comunidad?, y ¿cómo crear lazos de intercambio y solidaridad para generar una mejor colectividad? Para responder a estas interrogantes, me enfocaré en aquellas prácticas de convivencia, como las formas de préstamo y de crédito, y la expresión artística del baile; prácticas que crean lazos de solidaridad entre las y los mismos inmigrantes y, por ende, reproducen su identidad étnica entre la comunidad indígena yalalteca y zapoteca. Como se evidenció a través de las prácticas mencionadas, por ejemplo, en el velatorio citado, la comunidad

campo en Yalálag en 1998, que tomó en cuenta a los migrantes que vivían en Estados Unidos. La información del censo se verificó a través de una encuesta que se hizo a migrantes en Los Ángeles.

yalalteca expresa fuertes redes de relación y de apoyo a su gente y conservan las costumbres de su natal Yalálag, donde se encuentra afianzado su cordón umbilical.⁴ Aunque existen muchas maneras de expresar los sentimientos y deseos de grupo, hay expresiones en el imaginario colectivo del pueblo que vienen a dar sentido a sus vidas, como el valor de la pertenencia. Creo que tales valores son elementos críticos para sobrellevar su estado de marginación dentro de la sociedad estadounidense.

Más allá de dar cuenta de este particular caso etnográfico, el artículo busca colocar a la inmigración indígena en el campo de los estudios latinoamericanos. A pesar de los discursos visionarios del término *inclusión*, los estudios latinoamericanos han sido dominados por los estudios de grupos nacionales (por ejemplo, mexicanos y puertorriqueños) que intentan desviar la discusión de las razas, etnias y diferencias de clases sociales que existen en estos grupos tan amplios. Pero estos acercamientos hacia la población latina, inesperadamente homogenizan la realidad. Los recientes estudios de la experiencia migratoria transnacional hacia Estados Unidos (Fox y Rivera-Salgado, 2004; Kearney, 1995; Stephen, 2007) señalan un incremento en la distinción de la diversidad entre la población latina con respecto a su raza, su componente étnico y su clase social, lo cual demanda el replanteamiento de las estructuras nacionales para lograr entender la realidad latina en Estados Unidos (Oboler, 1995, 2006). No obstante, a pesar del crecimiento de la presencia de los inmigrantes indígenas en dicho país, entre los académicos la discusión del mundo indígena como un campo de interés para los estudios latinos (o sea, estudios sobre la comunidad de descendencia latinoamericana en Estados Unidos) sigue siendo muy pequeña.

A través de un particular acercamiento a los inmigrantes zapotecos, este trabajo intenta resaltar las experiencias de una población partiendo desde los márgenes, hasta llegar al centro de la disciplina académica. En este sentido, los estudiosos del tema

4 En muchas comunidades indígenas, una práctica común es enterrar el cordón umbilical de un bebé en el patio de la casa donde nació (véase, por ejemplo, Castellanos, 2010). La comunidad yalalteca utilizan esta referencia al cordón umbilical para hablar de los sentimientos profundos que mantienen respecto a su pueblo.

intentamos crear un lugar donde los indígenas puedan tener un espacio para sí mismos en la discusión intelectual, sin eliminarles sus identidades étnicas particulares, donde ellos deberán reivindicar su legado en la sociedad estadounidense. De esta forma, lo señalo nuevamente, con este artículo quiero contribuir a forjar una visión más incluyente, que no permita pasar por alto la realidad de los grupos inmigrantes indígenas rurales que sobreviven y se multiplican en sus barriadas, las cuales proliferan en torno a las grandes ciudades. Esto significa que los indígenas inmigrados, que viven en condiciones marginales, han encontrado un nuevo espacio en simbiosis con el medio urbano norteamericano.

Mi investigación está basada en el método etnográfico —el cual incluye la participación directa con quienes se involucraron y la entrevista— entre la comunidad yalalteca residente tanto en Los Ángeles como en Yalálag. Como parte de esta participación directa, grabé tramos de las historias de sus vidas, platicué directamente con cada participante y les realicé la entrevista respecto a sus tradiciones, historia, usos y costumbres. También, me involucré en sus eventos sociales, como fiestas, bodas, celebraciones de quince años y bailes. Además, tomé parte en sus quehaceres diarios, acompañándoles en sus diligencias y colaborando con en sus faenas de trabajo. La mayor parte de mi tiempo —aunque me involucré en muchas actividades— la pasé en sus hogares. Este ángulo de acercamiento a su realidad me dio más elementos para entender el fenómeno de la migración, y ver cómo las prácticas sociales y culturales les permitieron encontrar elementos de sobrevivencia y formas de agrupamiento y pertenencia en condiciones adversas de marginalidad y alienación.

¿Cómo se ubican los indígenas dentro de un amplio contexto de marginación e inmigración?

Desde la primera mitad del siglo XX, la migración mexicana hacia Estados Unidos ha sido un proceso asociado, primeramente, con algunos estados del norte y occidente de México, como Durango, Zacatecas, Michoacán, Sonora y Chihuahua. En las décadas de 1970 y 1980, se dieron patrones migratorios muy definidos; por

ejemplo, en California e Illinois los asentamientos migratorios provenían de Zacatecas y Durango. Tal y como se dio desde un principio, se crearon redes de apoyo entre las personas inmigradas y sus parientes y familiares que se quedaron en sus pueblos de origen, quienes les animaron a emigrar, creándose así nuevos asentamientos urbanos permanentes en Estados Unidos. Este modelo migratorio fue puesto en la mesa de discusión en la década de 1980 por el sector académico que estudia la inmigración mexicana, y luego fue verificado por investigadores como Cornelius (1988), Hondagneu-Sotelo (1994), Massey et al. (1990), Kearney (1986), Kearney y Nagengast (1989), Mines (1981), Rouse (1989, 1992) y Smith (2006). Sin embargo, para la década de 1990 emerge un nuevo patrón migratorio: la migración de otras regiones de México, principalmente de los estados sureños de Guerrero, Oaxaca, Veracruz y Chiapas (Fox y Rivera-Salgado, 2004; Kearney, 1995; Rouse, 1989, 1992; Smith, 2006; Zabin, 1992; Zabin et al., 1993).

Las nuevas tendencias migratorias no sólo reflejan la incorporación de nuevas regiones y flujos migratorios, sino que también muestran un cambio demográfico y un incremento de la población indígena-rural, que es protagonista de este mismo proceso. Para inicios de la década de 1990, la inmigración indígena mexicana ya incluía a mixtecos y zapotecos de Oaxaca, a mayas de Yucatán, a purépechas de Michoacán y a nahuas de Guerrero, entre otros. En 1995, una investigación llevada a cabo en forma conjunta por el Colegio de la Frontera Norte y el Consejo Estatal de Población de Oaxaca reportó que los flujos migratorios de las distintas regiones oaxaqueñas hacia Estados Unidos son altamente significativos. Estos nuevos patrones migratorios fueron corroborados por algunos investigadores e investigadoras estadounidenses (Corbett et al., 1992; Fox y Rivera-Salgado, 2004; Kearney, 1995; Klaver, 1997; Mountz y Wright, 1996; Zabin et al., 1993) y de México (Guidi, 1992; Ramos, 1986, 1992).

Oaxaca se caracteriza por ser un estado mexicano con población étnica diversa, la cual está conformada por 16 grupos indígenas, entre los cuales se encuentran los zapotecos, quienes habitan en cuatro regiones diferentes: El Istmo de Tehuantepec, los Valles Centrales, la Sierra Sur y la Sierra de Juárez, siendo esta

última la segunda región zapoteca más importante en el estado. Situado justo en la Sierra Norte se encuentra el pueblo de Yalálag, el cual se localiza a unos cien kilómetros al noreste de la ciudad de Oaxaca. Su elevación es de 1,240 metros sobre el nivel del mar (INEGI, 2020). El pueblo de Yalálag es el municipio más grande de la región, con una población de 1,885 habitantes (INEGI, 2020). El pueblo y sus habitantes están distribuidos en cuatro barrios, formando un *altepet* —un sistema de organizar pueblos indígenas que tiene raíces prehispánicas— (Lockhart, 1992). La población yalalteca incluye un porcentaje significativo de migrantes indígenas mixes, originarios de comunidades serranas vecinas. Aunque la lengua zapoteca continúa siendo la dominante entre la población, ya que representa el 83% aproximadamente de personas que la hablan, mientras que el español —lengua franca entre mixes y zapotecos— y el mixe constituyen la segunda y la tercera lengua, respectivamente. La agricultura de subsistencia y la producción de trabajos en cuero han sido durante casi todo el siglo XX las actividades ocupacionales más importantes. A la vuelta del milenio, estos últimos dependen mayoritariamente del ingreso económico proveniente de los envíos de remesas de Estados Unidos y del dinero que obtienen al emplearse fuera del pueblo. El pueblo de Yalálag cuenta con un servicio de correos, una clínica dental y una unidad médica; también con servicio telefónico, que incluye líneas públicas y privadas, y un servicio de transporte público que conecta Yalálag con la ciudad de Oaxaca varias veces al día. El pueblo goza de agua potable, que proviene de los acuíferos cercanos de los bosques, de electricidad y de un sistema de drenaje. Aunque ahora el viaje dura solamente cuatro horas, durante mis investigaciones en la década de 1990, la carretera entre la capital oaxaqueña y Yalálag no tenía pavimento, lo cual implicaba entre cinco y seis horas y media de trayecto. Muchos de los servicios disponibles en el pueblo están directamente relacionados con la migración; por ejemplo, la torre para el servicio telefónico satelital fue pagada con recursos provenientes de los pobladores emigrantes que viven en Los Ángeles.

Los grandes rascacielos, el pavimento en la urbe, los conglomerados habitacionales y la vida en la ciudad de Los Ángeles

contrastan completamente con la vida rural de Yalálag; pero no sólo eso, la comunidad oaxaqueña que se ha establecido en la región de Los Ángeles se ha integrado a una ciudad cosmopolita y globalizada que se enlaza con Oaxaca. Este espacio imaginario colectivo transnacional que conecta pueblos de origen con lugares de nuevo asentamiento, y las redes sociales y emocionales que lo sostienen es reconocido entre las y los académicos y migrantes como "Oaxacalifornia", neologismo muy apropiado para este contexto y analizado por vez primera por los antropólogos Nagengast y Kearney (1990) y Kearney (1991). La creación y el fortalecimiento de tales redes transnacionales entre población yalalteca que residen en Los Ángeles empezaron a gestarse durante la década de 1960, cuando, trabajando como braceros, encontraron empleo en el sector de servicios en el área angelina, y simultáneamente hallaron la forma de asentarse en la ciudad (Equipo Pueblo, 1988). Para el año 2000, había más migrantes yalaltecas viviendo en Los Ángeles que en el propio municipio de Yalálag (Gutiérrez Nájera, 2007).

Inmigrantes indígenas de Oaxaca continúan encontrando trabajo en el sector de servicios en Los Ángeles, gracias al auxilio de sus parientes y amistades. La experiencia en el mercado laboral ha estado enormemente marcada por la cuestión de género. En mayor medida, los hombres han trabajado en restaurantes como cocineros y lavaplatos, al igual que como intendentes de limpieza y en pequeños negocios (Cohen, 2004). Hoy no sorprende a nadie encontrar cocinas enteras de los restaurantes de Los Ángeles conformadas por indígenas de Oaxaca; es decir, gente del mismo pueblo o región; así como tampoco es raro toparse en Los Ángeles con restaurantes cuyos dueños son indígenas emigrantes (de hecho, hay varios restaurantes propiedad de familias yalaltecas).⁵ A diferencia de los hombres, las mujeres yalaltecas trabajan primordialmente en casas, como niñeras y empleadas domésticas para familias ricas y famosas, y de clase media-alta angelina. Las oportunidades de empleo en esta región es uno de los motores que

5 Según López y Runsten (2004) los tres restaurantes en Los Ángeles son El Danzante (establecido en 2000), Yalálag Restaurant (2002) y El Torito Oaxaqueño (2001). López y Runsten también proveen una lista de veinticinco restaurantes adicionales, cuyos dueños o gerentes son inmigrantes indígenas oaxaqueños.

mueven a hombres y mujeres indígenas a emigrar y a dejar permanentemente sus lugares de origen. Ya establecidos en Los Ángeles, los bajos salarios les obliga a tener dos o más trabajos a la vez para poder subsistir. Pero, además, existen otras maneras de incrementar los ingresos económicos de las familias; por ejemplo, cuando las mujeres venden productos para el hogar y cosméticos como *Avon*, *Mary Kay* y *Tupperware*.

A pesar de que trabajan incansablemente y viven a miles de kilómetros de sus pueblos natales, desde Los Ángeles tienen una participación activa en la vida económica, social y política de sus comunidades de origen (Fox y Rivera-Salgado, 2004; Kearney, 1995; Stephen, 2007). Las y los yalaltecos angelinos, por ejemplo, siguen reproduciendo sus celebraciones y festividades religiosas a partir de las fiestas patronales, reuniéndose en centros sociales y en los patios traseros de sus casas. También celebran las festividades relacionadas con eventos importantes de la vida, como bautizos y casamientos. Algunos habitantes están fuertemente comprometidos en mantener los lazos entre sus comunidades de origen y su legado indígena, mientras que otros intentan integrarse a la cultura estadounidense.

Como yalaltecos, integrados en esta experiencia *oaxacaliforniana*, habitan un espacio territorial que no los hace ciudadanos de Yalálag ni de la metrópoli angelina. En este sentido, reflejan las ambigüedades de no sentirse “ni de aquí ni de allá”, pero a través de su participación en eventos culturales y prácticas comunitarias —como se describieron anteriormente en este trabajo—, en Los Ángeles intentan recrear este sentido de pertenencia al cual ya nos hemos referido. Sin embargo, el hecho de que se apropien de un nuevo espacio urbano no exime la obligación de la sociedad de establecer mecanismos para que ella encuentre en este nuevo ambiente, elementos que rompan con la marginación y la explotación a la que son orillados los inmigrantes.

Tanto en México como en Estados Unidos se les margina. En México, su condición social de indígenas los coloca al margen de los beneficios sociales. El devenir indígena está continuamente sujeto a los dictámenes erróneos y ciegos de las políticas públicas del Estado, ajenas a las necesidades comunitarias reales de los pueblos.

En realidad, a los indígenas en México se les niega el acceso a la justicia y al derecho, y son tratados en términos de ciudadanos de segunda clase (Bonfil Batalla, 1989; Castellanos, 2010; Díaz-Polanco, 1979; Knight, 1999; Stavenhagen, 1996). Las comunidades indígenas se encuentran dentro de la población más pobre de México en términos de la distribución de los ingresos, los accesos a la salud y a la educación. En Oaxaca, estas condiciones de marginación influyen para que abandonen sus lugares de origen. Paradójicamente, la única salida que tiene la población rural para mejorar su condición económica es salir de sus comunidades: emigrando.

En el área de Los Ángeles, la indefensión mayor es su estado migratorio, que los coloca indiscutiblemente en el ojo del huracán: son etiquetados e identificados más rápidamente que cualquier otro mexicano o hispano que no sea indígena. Este etiquetamiento se debe a su origen rural, su lengua materna, su cultura y sus costumbres, lo que los hace más vulnerables. Entre las y los inmigrantes mexicanos, la diferencia entre ser indígena y ser mestizo no pasa inadvertida. Muy a menudo, la población mestiza minimiza a emigrantes indígenas y les coloca el mote de “retrasados”; más aún, el fenotipo heredado los hace más vulnerables a ser discriminados; y por el sólo hecho de tener piel morena y baja estatura (o esos que parecen ser indígenas) se les llama “oaxaquitos/oaxaquitas” por los méxicoestadounidenses o chicanos. Este apelativo sólo forma parte de una de las muchas manifestaciones de racismo.

Dentro de un contexto más amplio de las relaciones angloamericanas, la comunidad indígena emigrante es blanco de abusos y sigue siendo particularmente vulnerable por el hecho de que en muchos casos no hablan ni inglés ni español. Un buen número de parlantes anglosajones asumen que, por ser indígenas, no hablan inglés, y por ello los denuestan. Por ejemplo, recuerdo que, en una ocasión, mientras hacía compras en una tienda con mi amiga Marta, una mujer anglosajona se acercó a nosotras con sendos insultos. Cuando le preguntamos el porqué de esa agresión, se quedó perpleja porque se lo dijimos en su misma lengua: el inglés, y no tuvo otro recurso más que continuar insultándonos, hasta que mejor optamos por retirarnos. Mi amiga me señaló que este tipo de práctica es muy común hacia la comunidad migrante, debido

a su situación migratoria indocumentada en Estados Unidos. Son vulnerables a los intereses de los empleadores, quienes al saber su condición de indocumentados los manipulan con bajos salarios, largas jornadas laborales, retención de su paga y amenazas de denuncias que podrían implicar en la deportación.

Los espacios íntimos: la convivencia informal, las expresiones de pertenencia y los contextos de afirmación

Un gran número de personas yalaltecas reafirman su identidad indígena buscando caminos y alternativas informales que les provean estímulos y paliativos para aceptar su situación de inmigrantes en Los Ángeles. Algunos de los sustentos sociales que utilizan para apropiarse de su nueva realidad urbana son más sutiles que otros, pudiendo considerarse unos como *formales* y otros como *informales*.

Asegurar una identidad étnica propia es una estrategia social que les permite reivindicar su sentido de pertenencia, yendo a las raíces de su historia y a su pasado rural indígena. Las formas de afianzar su condición de yalaltecos (como sentido de pertenencia étnica) son posibles, a pesar de que el sentido de pertenencia urbana también está presente. Pero esta afirmación indígena pudiera no ser cubierta o alcanzada del todo a través de las celebraciones formales familiares, como los bautizos, las bodas y los funerales. Estas prácticas de convivencia tienen un carácter más estructural o formal y, aunque también sirven para estrechar los lazos comunitarios, no son suficientes para entrar en una relación más cercana y estrecha, como se logra a través de prácticas más informales, como una simple llamada telefónica, reuniones espontáneas, visitas sorpresa y el ver videos en casa con amistades, entre otras prácticas.

Personalmente, pasé mucho tiempo en la casa de Agustín y su esposa Conchita en Los Ángeles. Ambos emigraron de Yalálag hace treinta años y tienen alrededor de sesenta años de edad, cuentan con la nacionalidad estadounidense y tienen dos hijos nacidos en Los Ángeles, que han ido a la universidad. A pesar de tener muchos años viviendo ahí, Agustín y Conchita viajan frecuentemente

a Yalálag a visitar a sus familiares. La relación tan fuerte que mantienen con su pueblo también es evidente. En el interior de su casa de Los Ángeles, las paredes están cubiertas de fotografías de bodas y de rostros de distintos miembros de su familia en Yalálag. La sala es el lugar predilecto para degustar la comida estilo yalalteco, al igual que los pastelillos, el café, el chocolate y otras bebidas que están siempre dispuestas para los invitados. Durante mi trabajo de campo, me fui acostumbrando a esta manera cálida de tratar y de recibir a las visitas, incluyéndome a mí y a amistades yalaltecas que frecuentemente los visitan. Recuerdo que, en una tarde, al menos cincuenta personas llegaron de visita a su casa: unos fueron invitados a sentarse en sillas de plástico a la sombra de los árboles frutales del patio trasero de la casa, otros fueron acomodados en sillones y sillas de la casa. Las y los invitados, que iban y venían de un lugar a otro platicando, contaban chistes, comían, compartían anécdotas y discutían asuntos de política oaxaqueña, dado que uno de los ahí presentes acababa de regresar del sureste mexicano.

Debido a mi interés en estudiar el desarrollo de las redes de apoyo y sobrevivencia entre la comunidad yalalteca en la ciudad, otra tarde Agustín invitó a su amigo Pablo, un músico que tocaba en una banda yalalteca y también residente del área angelina, para que me contara experiencias antiguas de la inmigración yalalteca en Los Ángeles.⁶ Después de charlar durante varias horas e intercambiar historias con Agustín acerca de la gente y de la vida en Yalálag, él mismo me propuso ir a ver un video en su casa y, a la vez, era el momento oportuno para invitar a unos amigos que justo acababan de regresar de su pueblo natal. El video en sí me sirvió de medio para conocer más sobre sus goces y alegrías.

El video, que duró varias horas, documentaba una fiesta reciente con motivo de celebrar al santo patrono del pueblo. Empezó con escenas de un jaripeo, donde se veía una multitud conformada básicamente por hombres, que se agolpaban sobre el corral, desde donde se iniciaba la monta de toretes, por parte de jinetes locales. Los toretes derribaban a cuanto jinete se les montaba, pero aquel que lograba permanecer en el lomo del animal clamaba la victo-

6 Seguramente, mi propia presencia estimuló esta conversación, pero estos tipos de interacciones son comunes entre dicha población.

ria con vítores y aplausos. En el fondo de este escenario se tocaba música típica de la región. El jaripeo duró cerca de una hora y después siguieron algunas danzas interpretadas por jóvenes. Cada danza representaba una historia relacionada con la época colonial, y era presentada con una excelente coreografía y bellos vestuarios. Finalmente, el video mostró escenas de la celebración del baile formal de la noche. Las partes del jaripeo y las danzas fueron las que más suscitaron nostalgia y recuerdos en Agustín y Pablo, pero fueron las escenas de la celebración del baile por la noche las que propiciaron una profunda conversación, ya que se dieron detalles y comentarios sobre la gente que fue al evento. La charla fue ocasión para señalar cómo iban vestidos, cómo bailaban, cómo llevaban el nuevo estilo de cabello. Tan pronto como terminamos de ver el video, continuaron las conversaciones acerca de la gente y los lugares que se mostraron ahí.

Las reuniones caseras son prácticas comunitarias que construyen lazos importantes entre la vida urbana de Los Ángeles y la rural de Yalálag, además de fomentar un sentido de pertenencia. Las formas de crear lazos comunitarios entre las personas se basan en múltiples maneras sutiles y sencillas, como compartir los sentimientos y las memorias que generan unidad entre las personas y los lugares. Ver videos juntos, compartir las fotografías, charlar y comentar noticias triviales son elementos para reafirmar la identidad, estrechar los lazos comunitarios y mostrar interés por lo propio. Los fines de semana son idóneos para estar en compañía de otros paisanos. Al final, estas prácticas ayudan a reafirmar la identidad indígena y la manera de ser yalaltecos.

Las tandas: espacios de pertenencia de género

A diferencia de las celebraciones íntimas familiares en las que participan hombres, mujeres y menores, y de las cuales se desprenden lazos comunitarios y una solidaridad étnica, existen otras formas de pertenencia que aparecen con las características y los ejes propios de género. Por ejemplo, la participación de las mujeres en tandas; es decir, pequeñas asociaciones de microcrédito e intercambios, surge como práctica de supervivencia que es común

entre inmigrantes.⁷ La formación de redes de ayuda económica nos auxilian a entender los caminos que las mujeres yalaltecas utilizan y construyen socialmente para crear sus propios espacios de pertenencia. Para las yalaltecas —quienes frecuentemente trabajan solas en sus propias casas o en las de otras familias del área angelina—, las tandas ofrecen un contexto social a través del cual se combaten el aislamiento y la privación a través de ambos apoyos: el económico y el emocional.

Un domingo por la tarde, mientras Carmen y yo acompañábamos a mi amiga Olga en sus diligencias, fuimos a la casa de otra mujer yalalteca que vivía cerca de Los Ángeles. En ese momento, Olga fue a dar su parte del dinero semanal para la tanda. En las tandas, un grupo de personas acuerdan contribuir con igual cantidad de dinero semanalmente, y lo utilizan como un fondo básico de soporte. Cada semana, en turno, un miembro del grupo toma todo el dinero reunido. Dependiendo de la necesidad económica de quienes participan, pueden permitirle a alguien que necesite más el dinero que tome el turno siguiente para recibir la suma antes. Usan el dinero para cubrir diferentes necesidades; por ejemplo, para enviarlo a sus familiares en Oaxaca, para comprar electrodomésticos, muebles u otros enseres, para pagar préstamos en su totalidad y, también, para reinvertir en otras tandas. Mucha gente, al ver las ventajas que proveen las tandas, participa en múltiples y no solamente en una. En el caso de Olga, esta tanda (una de tres en las que ella participa) tiene aproximadamente veinte integrantes y cada uno contribuye con veinte dólares cada semana. Cada veinte semanas, Olga recibe cuatrocientos dólares. A pesar del esfuerzo que representa el estar en una tanda, esta práctica se constituye como una forma de ahorro. Con los recursos de la tanda, por ejemplo, Olga pudo pagar la totalidad de una deuda acumulada. Más allá del ahorro potencial que generan las tandas, estas ofrecen además un espacio a través del cual las mujeres, en particular, confirman su afiliación a una red amplia; es decir, dentro del contexto de la inmigración, las tandas ayudan económicamente a las mujeres y sus familias, y remedian

7 Aunque algunos hombres participan en estas tandas, por lo general, las manejan mujeres; nunca me he encontrado con ninguna tanda manejada sólo por hombres.

el aislamiento experimentado por muchas mujeres yalaltecas que viven y trabajan en Los Ángeles.

Mi primera experiencia con la práctica de la tanda en Yalálag se relaciona con un préstamo que le hice a Carmen, una amiga yalalteca que me pidió dinero prestado para pagar el adeudo de su tanda. Siéndome familiarizada con esta costumbre y con la confianza que le tengo a Carmen, le pedí que me explicara cómo funcionan las tandas en Yalálag. Ella señaló que cada mes ella aporta cierta cantidad de dinero para la tanda. Cuando le pregunté cuánto dinero ponía, me informó que cien dólares (en ese entonces, unos mil pesos mexicanos) cada mes. Después que supe la cantidad, me sorprendió que ella pusiera tanto dinero. Carmen se rio y confesó que formaba parte de varias tandas, no sólo de una. Presintiendo mi interés, ella me preguntó si yo deseaba unirme a una tanda y me sugirió que la acompañara ese domingo, cuando entregaría su dinero a la persona a cargo y, de esta manera, yo podría tener un mejor conocimiento de cómo funcionaba el mecanismo. Ese mismo domingo por la tarde, acompañé a Carmen a hacer sus actividades. En el camino, nos detuvimos cuando ella se encontró con una amiga, con quien intercambió las últimas novedades, hasta que repentinamente exclamó que ya era tarde para ir a su tanda. Apresuramos nuestro paso y fuimos por la carretera que atraviesa el pueblo, hasta que llegamos a la casa de María.

María, que coordinaba en ese momento la tanda, recibió el dinero de varias mujeres participantes (el último domingo de cada mes se recibe la tanda). Tan pronto como nos fuimos aproximando a la puerta de salida de la casa de María, otras mujeres llegaron a dejar su tanda, ocasión que se prestó para que Carmen platicara y se enterara de las noticias más recientes. Carmen entregó sus mil pesos a María, quien estaba muy ocupada recogiendo el dinero de las otras mujeres y revisando sus nombres en la lista. Nosotros esperábamos un poco atrás de las mujeres, mientras platicábamos con otra última mujer que esperaba dar su contribución. Después de tener todo el dinero de la tanda, María entregó el dinero que le correspondía de la tanda a una de las mujeres, quien había estado conversando cerca de ella. Luego, nosotras regresamos a la casa de

Carmen y ella quiso saber si yo deseaba unirme a la tanda ahora que había visto cómo ésta funcionaba.

Para Francisca, una mujer yalalteca de treinta y cinco años que vive en Los Ángeles, las tandas ofrecen un estupendo espacio social donde ella puede platicar en su lengua materna, el zapoteco, y de esta manera sentirse en confianza. Francisca emigró a Los Ángeles con el objetivo de ganar suficiente dinero como para poder comprar su casa en Yalálag. Sin embargo, han pasado cinco años y ella continúa trabajando en Estados Unidos. Pude ver en Francisca sentimientos de aislamiento y melancolía por regresar a su pueblo natal. En una ocasión confesó: “No me hallo”, expresión usada para describir el sentimiento de no *sentirse o encontrarse a gusto* y la incapacidad para adaptarse a un medio ambiente urbano. Cuando le pregunté que si encontraba difícil la vida en el sureste de California, contestó: “Todo es duro: la comida, el idioma, el modo de vivir. Aun cuando yo vivo cerca de otros yalaltecos, no los veo”. Cuando realicé mi trabajo de campo en Los Ángeles, Francisca trabajaba como niñera lejos de su casa y tomaba todos los días el autobús. Salía de su casa temprano y regresaba tarde, bastante cansada como para socializar con los demás; tenía problemas con el inglés y algunas veces sintió que sus patronas tomaban ventaja de ello. Francisca confesó que, a pesar del aislamiento en que vivía, le gustaba la libertad que disfrutaba en Los Ángeles, y se preguntaba abiertamente si sería capaz de “hallarse” cuando regresara a Yalálag. Como mujer, sus oportunidades podrían ser limitadas al regresar a su pueblo, debido a que los roles de género están allí rígidamente definidos. En la tanda, ella estuvo relajada y sonriente con sus amigas y pudo platicar en zapoteco. Este es el relato de una típica tarde dominguera para muchas mujeres involucradas en las tandas.

En Los Ángeles, muchas de las mujeres que participaban en esas tandas disfrutaban de esta forma de ahorro, dado que no podían establecer ningún vínculo con las instituciones bancarias, a causa de su estatus de indocumentadas. Cuando el Banco de América empezó a trabajar con el Consulado Mexicano, en 1999, para abrir cuentas bancarias para los inmigrantes sin importar su estatus legal en Estados Unidos, muchos de ellos se abstuvieron de participar, dada la inseguridad que les causaba su condición de indocumentados. Para

estas mujeres, las tandas ofrecen un camino seguro para salvaguardar su dinero hasta que ellas lo necesitan, y también forman parte importante de las nuevas redes sociales que tejen las yalaltecas en Los Ángeles. Como las mujeres contribuyen semanalmente a juntar el dinero, ellas se están ayudando unas a otras, afirmando los valores de la amistad, confianza y ayuda mutua. Esto fue un hecho evidente cuando Ángela recibió su tanda fuera de turno, y Olga comentó: “Qué bueno es que ella reciba la tanda. Realmente necesita el dinero. Ella tuvo una muerte en su familia y su esposo está enfermo. Pobre. Ella sí puede usar el dinero”. Más allá del valor monetario de las tandas, las mujeres usan esta práctica para construir un sentido de pertenencia. En Los Ángeles, muchas mujeres trabajan diariamente fuera de casa, ya sea en la limpieza de casas o como niñeras, y algunas sólo descansan dos días a la semana. La naturaleza de su trabajo les crea una sensación de aislamiento, dado que no conviven con nadie y, por ello, a través de las tandas, las mujeres que participan en esta práctica o sistema de ahorro obtienen espacios para socializar, acompañarse, conocerse y desahogarse de sus problemas. Por medio de las tandas, las mujeres son capaces de platicar entre ellas e intercambiar bastantes anécdotas e historias, las cuales llevan en su memoria toda la semana.

Durante las charlas que tienen estas mujeres, frecuentemente hablan de sus trabajos y de sus jefes. Estos intercambios son vitales para muchas de ellas que se enfrentan con otra semana venidera de aislamiento. Como afirmó una mujer: “La única razón para que las mujeres participen en tandas, es por el chisme, de lo contrario esto no tendría sentido”. Finalmente, las tandas proveen un sentido de cohesión social y mantienen unidas a las mujeres de diferentes generaciones. Las conversaciones, por ejemplo, tienen un papel muy importante en el acercamiento que se generan entre las mujeres que participan en las tandas. Además, la continuidad de costumbres y valores que se generan en la mencionada práctica contribuye a la reproducción de sus relaciones comunitarias. El intercambio de dinero que se produce entre estas mujeres crea, por un lado, un sentido de comunidad y, por otro, a partir de la ayuda mutua se generan mecanismos informales de apoyo que garantizan cierto tipo de supervivencia económica y emocional. De esta

manera, dentro de un amplio contexto de marginalidad social, las tandas ofrecen un camino para reafirmar la pertenencia de cada una de estas mujeres en una red social más amplia.

Las fiestas comunitarias y los bailes: expresiones visibles de pertenencia étnica

Ciertos eventos públicos comunitarios, como el festival de danza y música de la Guelaguetza facilitan la visibilidad de las comunidades indígenas oaxaqueñas en Los Ángeles. La Guelaguetza es un espectáculo artístico donde se interpretan distintas danzas y bailes de los grupos indígenas oaxaqueños. Este evento, que se realiza anualmente en Oaxaca, actualmente también se celebra en el extranjero. En Los Ángeles, por ejemplo, ahora es posible ver las danzas de los pueblos yalaltecos en lugares como el *Staples Center* y la casa de los *Lakers*. Esta fiesta permite a los inmigrantes que viven en California afirmar su orgullo e identidad étnica como indígenas mixes, zapotecos, mixtecos, chinantecos, etcétera. En pequeña escala, las fiestas patronales del pueblo natal también proveen espacios públicos para mostrar su pertenencia étnica, y son comunes en Los Ángeles. Quienes organizan estas fiestas y estos eventos son principalmente miembros de las asociaciones de inmigrantes radicados en Los Ángeles, comisiones del pueblo y mayordomías ligadas al pueblo natal. Frecuentemente, las fiestas se hacen en los distintos salones sociales de la ciudad, donde la concurrencia es siempre muy elevada y los salones se llenan rápidamente a pleno. A través de la participación en estas fiestas, y particularmente mediante las danzas que acompañan sus celebraciones, los yalaltecos reafirman su afiliación étnica y comparten los mismos espacios, el ambiente y los ritmos de la música, lo que los conecta entre ellos mismos y con su pueblo natal.

Un domingo por la noche, yo iba conduciendo mi auto junto a mi amiga Irene y su tío hacia un salón de baile ubicado a varios kilómetros de su casa; Irene llevaba tacones altos y un vestido negro sin mangas y ligeramente por arriba de las rodillas. Su tío Felipe llevaba unos pantalones negros de mezclilla nuevos, una camisa y zapatos. Tan pronto como entramos al salón de baile, nos encontra-

mos con adultos, jóvenes y familias enteras. El salón de baile era viejo, un poco descuidado y con poca luz. Pero a pesar del estado del local, el ambiente era alegre, reímos y platicamos. Esa noche llegamos tarde, justo en el descanso de los participantes, así que nos perdimos de disfrutar las danzas tradicionales presentadas por grupos de jóvenes yalaltecos; sin embargo, pudimos escuchar una banda local que tocaba los sones y jarabes yalaltecos. Mientras mis amigos disfrutaban del baile, yo estaba sentada con algunos de sus conocidos no muy lejos de la pista. Tan pronto la banda empezó a tocar, el salón se llenó de emoción y la pista de parejas para el baile. Mientras la música comenzaba, me quedé mirando a dos niñas pequeñas que bailaban una con otra al ritmo de los sones y quienes, además, copiaban la forma de bailar de los adultos. Al son del jarabe yalalteco, baile representativo de Yalálag, Felipe se dirigió hacia mí y me dijo: “Esto es como transportarse al pueblo de uno, ¿verdad? Esto es lo que significa ser yalalteco. ¡Ser yalalteco es bailar!” Su comentario me hizo pensar que el cuerpo tiene y guarda una historia, una memoria que en este caso está unida con su comunidad natal. Mientras Felipe me miraba, levantó sus manos al aire y dio un pequeño salto (como los yalaltecos cuando bailan los jarabes de su tierra natal), indicando así que esa era la mejor parte de la noche.

Más allá de ofrecer diversión para los yalaltecos, los bailes públicos son espacios sociales para la afirmación de pertenencia a la comunidad en general. Con la danza y la música, los yalaltecos establecen nuevos vínculos con la ciudad de Los Ángeles. A través del baile, se comparten física y emocionalmente sentimientos de pertenencia a un nuevo lugar. Para los yalaltecos, la música de la región, sus danzas y bailes serranos, incluyendo los diversos estilos musicales y dancísticos son expresiones que los hacen únicos. No es sorprendente que para Felipe el baile sea sinónimo de ser yalalteco. Bailar o danzar ofrece una forma de expresar la identidad étnica. Los sentimientos de alegría, tristeza y amor compartidos con la familia, amistades y compatriotas, al igual que el baile en escenarios públicos, son reafirmaciones de su colectividad indígena étnica. Dentro del ámbito urbano, donde los yalaltecos viven dispersos y donde con frecuencia experimentan un sentimiento de aislamiento de unos con los otros, los bailes juegan un

papel crucial en la afirmación de la comunidad. En los salones de baile no reafirman la nacionalidad, sino que ahí es el lugar donde se comparte la cultura común, se habla la propia lengua y se reproducen sus costumbres y herencia milenaria.

Conclusión

Tanto las tandas como las danzas mantienen una unión informal, entre inmigrantes de Oaxaca son practicadas tanto en Los Ángeles como en su lugar de origen. Ambas prácticas ofrecen oportunidades para compartir lo económico, lo social y los recursos emocionales. Estas prácticas juegan un rol único en las vidas y experiencias de inmigrantes que viven el sur de California. Entre las y los oaxaqueños, la identidad étnica se convierte en un eje sobresaliente a través del proceso migratorio. La identidad étnica se ha afirmado en los últimos años para impulsar los derechos indígenas y el desarrollo de las comunidades de origen en Oaxaca, así como para organizarse en torno a la legislación de inmigración, en los Estados Unidos (Fox y Rivera-Salgado 2004; Kearney 1996).

En Estados Unidos, los yalaltecos piensan que es necesario romper con los círculos de marginación de los inmigrantes, y por ello creen que la vida debe de enfrentarse de una manera nueva. En este sentido, ellos han desarrollado el deseo de cambio, lo que es y constituye el motor principal de su propio activismo (Gutiérrez Nájera, 2007).

Esta conciencia social se ha enriquecido a través de la migración. En este trabajo he sugerido que las prácticas culturales tales como las fiestas públicas, las tandas y la convivencia informal juegan un papel crítico al fomentar formas étnicas de identificación, únicas para la comunidad inmigrante yalalteca. Estas formas de pertenencia contrastan fuertemente con las normas institucionalizadas que definen la afiliación en el ámbito nacional e institucional.

En Estados Unidos, el hecho de ser ciudadano y tener un estatus residencial define la afiliación y la pertenencia, por lo tanto, para las personas indocumentadas este tipo de pertenencia queda fuera del alcance. Consecuentemente, los inmigrantes indocumentados son vulnerables al tener una posición que los mantiene

en la marginación y que los hace más proclives al abuso, a los prejuicios y a la discriminación racial. En México, la discriminación está vinculada con la ideología nacionalista e indigenista que, frecuentemente, impide que los grupos indígenas logren el total de sus derechos como ciudadanos.

A pesar de que en Los Ángeles son marginados, como hemos sido testigos, en muchas ocasiones ellos también participan en prácticas sociales comunitarias y de esa manera reivindican su pertenencia étnica y cultural para combatir la vulnerabilidad y la dominación, incluso, como lo hemos visto en el principio de este trabajo con el ejemplo del velorio.

Como sector académico con interés en crear espacios amplios de inclusión, en especial en el tema de la pertenencia, considero que la comunidad yalalteca debería tener un lugar importante en el estudio de los inmigrantes indígenas. Considerando el crecimiento de la inmigración indígena hacia Estados Unidos en las últimas dos décadas, debemos repensar el uso de categorías nacionales, especialmente dentro de los estudios latinoamericanos o estudios latinos, que por lo general tienden a homogeneizar las experiencias de los migrantes latinos y, por consiguiente, a borrar sus diferencias étnicas, raciales y culturales. Las experiencias de las y los yalaltecos descritas en este capítulo sugieren que las formas de pertenencias étnica y cultural frecuentemente preceden identificaciones a niveles regional o nacional y demandan que nosotros demos cuenta de estas diferencias. Si no lo hacemos ahora, seguimos fomentando el riesgo de continuar con la alienación y la marginación en términos de raza, etnia, género y prácticas sexuales de los grupos minoritarios migrantes.